



## LA ERMITA DE SANTA CLARA

NO serán pocos los renterianos, viejos y no tan viejos, que no se hayan olvidado de la pequeña ermita de Santa Clara que, a la entrada del pueblo, viniendo de Irún, se ocultaba tras la joroba del puente del mismo nombre. Para muchos, sin duda, la humilde construcción hoy desaparecida estará unida a entrañables recuerdos de su infancia y juventud. ¿Quién de nosotros no retrocede, de vez en cuando, su memoria a aquellos tiempos de la niñez o mocedad y sonríe, benévolo consigo mismo, recordando aquellos juegos, travesuras y fechorías, en la presa y riberas de «detrás de las Monjas»?

Antes aún —y esto no pertenece ya a la memoria viva de ninguno de los renterianos actuales, sino a la menos personal y más dura — que la tinta deja sobre el papel—, estuvo allí el Hospital de indigentes. De él, de la calle del Hospital, hoy de Santa Clara, y del «puentecito de sola una piedra» situado junto a la ermita, nos habla Gamón allá por el año 1800.

A la imagen de la Santa que allí se veneraba presentaban las madres sus hijos aquejados de pesadillas y alucinaciones. Se le atribuían también virtudes especiales contra las erupciones y, en general, contra todas las enfermedades de la piel.

Igualmente impetraban su protección y ayuda las casheras de los contornos y las simpáticas y bullosas «arraisaltzalles» ondarrabiarras, que descalzas y camino Guadalupe-Gainchurizqueta, con sus cestas de pescado a

la cabeza, venían a vender su mercancía al mercado de Rentería. Claro está que esto se refiere a tiempos muy remotos, que como recuerda y añora un buen amigo, y no muy entrado en años, cuando algún domingo iban toda la familia de excursión a Irún y Fuenterrabía, en «cesta» tirada por tintineantes mulas, su amatxo, devotamente, les hacía rezar la Salve al pasar frente a la ermita.

Pero, no todos los recuerdos son de devoción. Se recuerdan también los trabajos de la anciana serora que barruntando las aviesas intenciones de los «mukizus», más o menos crecidos que merodeaban por los alrededores, se afanaba en ahuyentarlos, a veces ¡ay! con resultado contraproducente. Estos, en efecto, habían dado con un ingenioso procedimiento de pesca: provistos de largos palos o cañas en cuya punta colocaban un pegote de «galipot» se empeñaban en ardorosa contienda tratando de acercar al alcance de su mano las negras «perras gordas, suses y bixentimocos», que la piedad de las devotas había ido echando al interior de la ermita a través del enrejado de madera de la fachada.

El día de la Santa Patrona se festejaba con solemne Misa y festejos por la mañana, celebrándose a la tarde una muy sonada romería.

No menos famosa era la fogata que los vecinos del barrio encendían allí la víspera de San Juan. Había, según se dice, tío y sobrino muy famosos en el barrio, verdaderos campeones del fuego, que comenzaban seis meses an-

tes a almacenar leña y toda clase de materiales combustibles para alimentarla.

\* \* \*

Cuando bajaron las aguas de la primera de las riadas de 1933, la ermita había desaparecido. La inundación no pudo con la estatua de los hijos ilustres de Rentería —alias «Dámasa»— que se levantaba en la Alameda Grande y que, no se sabe bien por qué, era el blanco de la ojeriza de los buenos renterianos, pero tuvo fuerzas sobradas para acabar con nuestra ermita. Después, la mano del hombre, que cambia el aspecto de las cosas más que cualquier catástrofe natural, ha alterado completamente sus alrededores.

Las escasas pertenencias de la ermita se dispersaron. Nos aseguraron que su campana sigue en uso en el convento de las MM. Agustinas. La imagen está guardada en una casa del barrio, sin que le falte por un momento la lamparilla encendida.

Recogemos gustosos un ruego de la señora que la conserva, que elevamos a la consideración del Ilustre Ayuntamiento de la Villa. Podría perpetuarse la memoria de la ermita y de su Santa Patrona colocando la imagen en una hornacina, con una placa conmemorativa al pie, en la fachada del edificio que ahora se levanta en aquel lugar. No dudamos que los propietarios del nuevo edificio acogerán con agrado esta iniciativa. Serviría de muestra de nuestra fidelidad al pasado, al mismo tiempo que de ornato a la entrada de la Villa.